

CAPÍTULO 11: OBSTÁCULOS A LA ORACIÓN

EL poeta dijo, y a menudo cantamos:

Qué variados obstáculos encontramos

Al acercarnos al trono de la gracia.

Sí, en verdad, son variados. Pero aquí nuevamente, la mayoría de esos obstáculos son obra nuestra.

Dios quiere que ore. El diablo no quiere que ore y hace todo lo que puede para estorbarme. Él sabe que podemos lograr más mediante nuestras oraciones que mediante nuestro trabajo. Preferiría que hiciéramos cualquier otra cosa antes que orar.

Ya hemos hecho referencia a la oposición de Satanás a la oración:

Los ángeles se oponen a nuestro avance,

Que en fortaleza aún sobresalen,

Nuestros enemigos secretos, jurados, implacables,

Innumerables, invisibles.

Pero no debemos temerles, ni prestarles atención, si nuestros ojos están siempre puestos en el Señor. Los santos ángeles son más fuertes que los ángeles caídos, y podemos dejar que las huestes celestiales nos guarden. Creemos que a ellos —las huestes del mal— debemos esos pensamientos errantes que tan a menudo arruinan la oración. No bien nos arrodillamos cuando «recordamos» algo que debía haberse hecho, o algo que sería mejor atender de inmediato.

Esos pensamientos vienen de fuera y ciertamente se deben a las sugerencias de los espíritus malignos. El único remedio para los pensamientos errantes es fijar nuestra mente en Dios. Sin duda, el peor enemigo del hombre es él mismo. La oración es para un hijo de Dios —y aquel que vive como hijo de Dios debe orar.

La gran pregunta es: ¿Estoy albergando enemigos en mi corazón? ¿Hay traidores dentro? Dios no puede darnos sus mejores bendiciones espirituales a

menos que cumplamos las condiciones de confianza, obediencia y servicio. ¿No pedimos a menudo con seriedad los más altos dones espirituales, sin siquiera pensar en cumplir los requisitos necesarios? ¿No pedimos a menudo bendiciones que no estamos capacitados para recibir? ¿Nos atrevemos a ser honestos con nosotros mismos, solos en la presencia de Dios? ¿Nos atrevemos a decir sinceramente: «Examíname, oh Dios, y ve...»? ¿Hay algo en mí que esté estorbando la bendición de Dios para mí y a través de mí? Discutimos el «problema de la oración»; inosotros somos el problema que necesita ser discutido o diseccionado! ¡La oración está bien! No hay problema en la oración para el corazón que está absolutamente afirmado en Cristo.

Ahora bien, no citaremos los textos bíblicos habituales que muestran cómo la oración puede ser frustrada. Solo deseamos que cada uno vislumbre su propio corazón. Ningún pecado es demasiado pequeño para estorbar la oración, y quizás para convertir la oración misma en pecado, si no estamos dispuestos a renunciar a ese pecado. Los musulmanes de África Occidental tienen un dicho: «Si no hay pureza, no hay oración; si no hay oración, no hay bebida del agua del cielo». Esta verdad está tan claramente enseñada en las Escrituras que es asombroso que alguien intente retener tanto el pecado como la oración. Sin embargo, muchos hacen precisamente eso. Incluso David clamó hace muchos siglos: «Si en mi corazón hubiese yo visto iniquidad, el Señor no me escucharía» (Sal. 66:18).

E Isaías dice: «Vuestras iniquidades han hecho separación entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar su rostro de vosotros» (Isa. 59:2). Ciertamente todos debemos estar de acuerdo en que es el pecado en nosotros, y no la falta de disposición de Cristo para escuchar, lo que estorba la oración. Por regla general, es algún pecado pequeño, como se le llama, lo que daña y echa a perder la vida de oración. Puede haber:

(1) Duda. Ahora bien, la incredulidad es posiblemente el mayor obstáculo para la oración. Nuestro Señor dijo que el Espíritu Santo convencería al mundo de pecado —«de pecado, porque no creen en mí» (San Juan 16:9). No somos «del mundo», sin embargo, ¿no hay mucha incredulidad práctica en muchos de nosotros? Santiago, escribiendo a los creyentes, dice: «Pida con fe, no dudando

nada; porque el que duda... no piense ese hombre que recibirá cosa alguna del Señor» (Santiago 1:6-8). Algunos no tienen porque no piden. Otros «no tienen» porque no creen. ¿Te pareció un poco extraño que dedicáramos tanto tiempo a la adoración y la acción de gracias antes de llegar a la «petición»? Pero, ciertamente, si vislumbramos la gloriosa majestad de nuestro Señor y las maravillas de su amor y gracia, la incredulidad y la duda se desvanecerán como nieblas ante el sol naciente. ¿No fue esta la razón por la cual Abraham «no titubeó», «no vaciló por incredulidad», en que dio a Dios la gloria debida a su nombre, y por lo tanto fue «plenamente convencido de que lo que había prometido era también poderoso para hacerlo»? (Romanos 4:20, 21). Sabiendo lo que sabemos del amor estupendo de Dios, ¿no es asombroso que alguna vez dudemos?

(2) Luego está el Yo —la raíz de todo pecado. ¡Cuán egoístas somos propensos a ser incluso en nuestras «buenas obras»! ¡Cómo vacilamos en renunciar a cualquier cosa que el «yo» anhela! Sin embargo, sabemos que una mano llena no puede recibir los dones de Cristo. ¿Fue esta la razón por la cual el Salvador, en la oración que primero enseñó, nos vinculó con todo lo demás? «Nuestro» es la primera palabra. «Padre nuestro... danos... perdónanos... líbranos...»

El orgullo impide la oración, porque la oración es una cosa muy humillante. ¡Cuán aborrecible debe ser el orgullo ante los ojos de Dios! Es Dios quien nos da todas las cosas «abundantemente para que las disfrutemos». «¿Qué tienes que no hayas recibido?», pregunta San Pablo (1 Cor. 4:7). Ciertamente, ciertamente no vamos a permitir que el orgullo, con su odiosa y fea hermana, los celos, arruine nuestra vida de oración. Dios no puede hacer grandes cosas por nosotros de las cuales podamos alegrarnos si van a «volvemos la cabeza». ¡Oh, cuán necios podemos ser! A veces, cuando somos insistentes, Dios nos da lo que pedimos, a expensas de nuestra santidad. «Les dio lo que pidieron, pero envió consunción a sus almas» (Sal. 106:15). ¡Oh Dios, líbranos de eso —líbranos del yo! También, el yo se afirma criticando a otros. Deja que este pensamiento se grabe en tu memoria: cuanto más semejante a Jesucristo se vuelve un hombre, menos juzga a

otras personas. Es una prueba infalible. Aquellos que siempre están criticando a otros se han alejado de Cristo. Pueden ser todavía suyos, pero han perdido su Espíritu de amor. Amado lector, si tienes una naturaleza crítica, permítele que se discierna a ti mismo y nunca a tu prójimo. Podrás darle pleno alcance, ¡y nunca estará desocupada! ¿Es esto un comentario duro? ¿Delata una tendencia a cometer el mismo pecado —pues es pecado— que condena? Así sería si se hablara a un individuo en particular. Pero su objetivo es atravesar una armadura que parece invulnerable. Y nadie que durante un mes haya guardado su lengua de «robar y hurtar» la reputación de otras personas deseará jamás volver a la maledicencia. «El amor es sufrido y es bondadoso» (1 Cor. 13:4). ¿Lo somos nosotros? ¿Lo somos?

No somos nosotros mismos mejores porque hayamos logrado pintar a otras personas con colores peores que los nuestros. Pero, curiosamente, realzamos nuestro propio gozo espiritual y nuestro propio testimonio vivo por Cristo cuando nos negamos a transmitir información despectiva sobre otros, o cuando nos abstenemos de «juzgar» la obra o las vidas de otras personas. Puede ser difícil al principio, pero pronto trae un gozo indecible y es recompensado por el amor de todos los que nos rodean. Es muy difícil guardar silencio frente a las herejías «modernas». ¿No se nos dice que «contendamos ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos»? (Judas 3). A veces debemos hablar —pero que sea siempre con espíritu de amor. «Antes deje vivir el error que muera el amor».

Incluso en nuestras oraciones privadas, la crítica de otros debe evitarse resueltamente. Lee una vez más la historia de Juan Hyde orando por el «hermano frío». Créeme, un espíritu crítico destruye la santidad de la vida más fácilmente que cualquier otra cosa, porque es un pecado eminentemente respetable y hace víctimas fáciles de nosotros. Apenas necesitamos añadir que cuando un creyente está lleno del Espíritu de Cristo —que es Amor— nunca contará a otros el comportamiento anticristiano que pueda discernir en sus amigos. «Él fue muy grosero conmigo»; «Él es demasiado engreído»; «No soporto a ese hombre»; y comentarios semejantes son ciertamente poco amables, innecesarios y a menudo falsos.

Nuestro amado Señor sufrió la contradicción de los pecadores contra sí mismo, pero nunca se quejó ni publicó la noticia a otros. ¿Por qué deberíamos hacerlo nosotros? El yo debe ser destronado si Cristo ha de reinar supremo. No debe haber ídolos en el corazón. ¿Recuerdas lo que Dios dijo de algunos líderes religiosos? «Estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón... ¿he de ser yo consultado por ellos?» (Ezeq. 14:3).

Cuando nuestro objetivo es únicamente la gloria de Dios, entonces Dios puede responder nuestras oraciones. Cristo mismo, más que sus dones, debe ser nuestro deseo. «Deléitate asimismo en el Señor, y él te concederá las peticiones de tu corazón» (Sal. 37:4, R.V., marg.).

«Amados, si nuestro corazón no nos condena, tenemos confianza para con Dios; y cualquier cosa que pidamos la recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (1 Juan 3:21, 22).

Es tan cierto hoy como en los primeros días del cristianismo que los hombres piden, y no reciben, porque piden mal, para gastarlo en sus placeres —es decir, en el yo (Santiago 4:3).

(3) La falta de amor en el corazón es posiblemente el mayor obstáculo para la oración. Un espíritu amoroso es una condición para la oración de fe. No podemos estar mal con el hombre y bien con Dios. El espíritu de oración es esencialmente el espíritu de amor. La intercesión es simplemente amor en oración.

*Quien mejor ora es aquel que mejor ama
a todas las cosas, grandes y pequeñas;
porque el gran Dios que nos ama,
creó y ama todo.*

¿Nos atrevemos a odiar o desagradar a aquellos a quienes Dios ama? Si lo hacemos, ¿podemos realmente poseer el Espíritu de Cristo? Realmente debemos enfrentar estos hechos elementales en nuestra fe si la oración ha de ser algo más

que una mera formalidad. Nuestro Señor no solo dice: «Y orad por los que os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 5:44, 45).

Nos atrevemos a pensar que un gran número de los llamados cristianos nunca ha enfrentado esta cuestión. Al escuchar cómo muchos trabajadores cristianos — y prominentes también — hablan de aquellos con quienes no están de acuerdo, uno debe suponer caritativamente que nunca han oído ese mandamiento de nuestro Señor.

Nuestra vida diaria en el mundo es la mejor indicación de nuestro poder en la oración. Dios trata con mis oraciones no según el espíritu y tono que exhibo cuando oro en público o en privado, sino según el espíritu que muestro en mi vida diaria.

Las personas de temperamento irascible solo pueden hacer oraciones frías. Si no obedecemos el mandamiento de nuestro Señor y no nos amamos unos a otros, nuestras oraciones son casi sin valor. Si albergamos un espíritu implacable, es casi tiempo perdido orar. Sin embargo, se informó recientemente que un destacado deán de una de nuestras catedrales dijo que hay algunas personas a las que nunca podemos perdonar. Si es así, confiamos en que usa una versión abreviada del Padrenuestro. Cristo nos enseñó a decir: «Perdónanos... como también nosotros perdonamos». Y va más allá de esto. Declara: «Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mateo 6:15). Que podamos exhibir siempre el Espíritu de Cristo, y no perder nuestro propio y tan necesario perdón. ¿Cuántos de nuestros lectores que no tienen la más mínima intención de perdonar a sus enemigos, o incluso a sus amigos ofensores, repitieron el Padrenuestro hoy?

Muchos cristianos nunca le han dado a la oración una oportunidad justa. No es por insinceridad consciente, sino por falta de reflexión. La culpa recae realmente sobre aquellos de nosotros que predicamos y enseñamos. Somos propensos a enseñar doctrinas más que prácticas. La mayoría de los hombres

desean hacer lo correcto, pero consideran las cosas grandes más bien que las faltas pequeñas en la vida de amor.

Nuestro Señor llega tan lejos como para decir que incluso nuestros dones no deben ser presentados a Dios si recordamos que nuestro hermano «tiene algo contra nosotros» (Mateo 5:23). Si Él no acepta nuestros dones, ¿es probable que responda nuestras oraciones? Fue cuando Job cesó de contender con sus enemigos (a quienes la Biblia llama sus «amigos») que el Señor «hizo volver su cautividad» y le dio el doble de lo que tenía antes (Job 42:10).

¡Cuán lentos somos — cuán reacios somos — a ver que nuestras vidas estorban nuestras oraciones! Y cuán reacios somos a actuar en líneas de amor. Sí, deseamos «ganar» a los hombres. Nuestro Señor nos muestra un camino. No publiques sus maldades. Habla con él a solas, y «has ganado a tu hermano» (Mateo 18:15). ¡La mayoría de nosotros más bien hemos causado dolor a nuestros hermanos!

Incluso la vida del hogar puede estorbar la vida de oración. Ved lo que Pedro dice acerca de cómo debemos vivir en el hogar para que nuestras «oraciones no sean estorbadas» (1 Pedro 3:1-10). Nos atreveríamos a instar a cada lector a pedir a Dios que escudriñe su corazón una vez más y le muestre si hay «alguna raíz de amargura» hacia alguien. Todos deseamos hacer lo que agrada a Dios. Sería una ganancia inmensa para nuestra vida espiritual si resolviéramos no intentar orar hasta haber hecho todo lo que esté a nuestro alcance para hacer paz y armonía entre nosotros y cualquiera con quien hayamos reñido. Hasta que hagamos esto en cuanto esté de nuestra parte, nuestras oraciones son solo palabras perdidas. Los sentimientos poco amables hacia otro impiden que Dios nos ayude en la manera que Él desea.

Una vida amorosa es una condición esencial para la oración de fe. Dios nos desafía hoy nuevamente a convertirnos en personas aptas para recibir sus bendiciones sobreabundantes. Muchos de nosotros tenemos que decidir si elegiremos un espíritu amargo e implacable, o las tiernas misericordias y la bondad amorosa de nuestro Señor Jesucristo. ¿No es asombroso que cualquier

hombre pueda detenerse entre dos opiniones con tal elección en la balanza? Porque la amargura daña al amargado más que a nadie.

«Cuando estéis orando, perdonad si tenéis algo contra alguien; para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros» (Marcos 11:25). Así dijo el bendito Maestro. ¿No debemos entonces perdonar, o dejar de intentar orar? ¿Qué aprovechará al hombre si gana todo su tiempo para fingir que ora, si alberga falta de amor en su corazón que impide la oración real? ¡Cómo se ríe el diablo de nosotros porque no vemos esta verdad!

Tenemos la palabra de Dios de que la elocuencia, el conocimiento, la fe, la liberalidad, e incluso el martirio, de nada aprovechan al hombre — captadlo — de nada, a menos que su corazón esté lleno de amor (1 Corintios 13). «Danos, pues, amor».

(4) La negativa a hacer nuestra parte puede impedir que Dios responda nuestras oraciones. El amor suscita compasión y servicio ante la vista del pecado y el sufrimiento, tanto aquí como en el extranjero. Así como el corazón de San Pablo fue «estimulado» — «provocado» — dentro de él al contemplar la ciudad llena de ídolos (Hechos 17:16). No podemos ser sinceros cuando oramos «Venga tu reino» a menos que estemos haciendo lo que podemos para apresurar la venida de ese reino — mediante nuestros dones, nuestras oraciones y nuestro servicio.

No podemos ser completamente sinceros al orar por la conversión de los impíos a menos que estemos dispuestos a decir una palabra, o escribir una carta, o hacer algún intento por traerlo bajo la influencia del Evangelio. Antes de una de las grandes cruzadas de Moody, él estuvo presente en una reunión de oración pidiendo la bendición de Dios. Varios hombres acaudalados estaban allí. Uno comenzó a orar para que Dios enviara fondos suficientes para cubrir los gastos. Moody lo detuvo de inmediato. «No necesitamos molestar a Dios con eso», dijo tranquilamente, «inosotros podemos responder esa oración!»

(5) Orar solo en secreto puede ser un estorbo. Los hijos de una familia no deben encontrarse siempre con su padre por separado. Es notable con cuánta

frecuencia nuestro Señor se refiere a la oración unida — la oración de «acuerdo». «Cuando oréis, decid: Padre nuestro»; «Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho... Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mateo 18:19, 20).

Estamos seguros de que la debilidad en la vida espiritual de muchas iglesias se debe atribuir a una reunión de oración ineficaz, o a la ausencia de reuniones para orar. Los maitines y vísperas diarios, incluso cuando son reverentes y sin la prisa indecorosa que tan a menudo se asocia con ellos, no pueden ocupar el lugar de reuniones menos formales para la oración, en las cuales todos puedan participar. ¿No podemos hacer de la reunión de oración semanal algo vivo y una fuerza viviente?

(6) La alabanza es tan importante como la oración. Debemos entrar por sus puertas con acción de gracias, y por sus atrios con alabanza, y darle gracias y bendecir su nombre (Salmo 100:4). En cierta ocasión en su vida, Praying Hyde fue guiado a pedir cuatro almas al día para ser traídas al redil por su ministerio. Si en algún día el número no alcanzaba esta meta, había tal peso en su corazón que era positivamente doloroso, y no podía ni comer ni dormir. Entonces, en oración, pedía al Señor que le mostrara cuál era el obstáculo en él mismo. Invariablemente encontraba que era la falta de alabanza en su vida. Confesaba su pecaminosidad y oraba por un espíritu de alabanza. Decía que mientras alababa a Dios, las almas buscadas venían a él. No implicamos que nosotros también debemos limitar a Dios a números definidos o maneras de obrar; pero sí clamamos: «¡Regocijaos! ¡Alabad a Dios con corazón, mente y alma!»

No es por accidente que se nos ordena tan a menudo «regocijarnos en el Señor». Dios no quiere hijos miserables; y ninguno de sus hijos tiene motivo para la miseria. San Pablo, el hombre más perseguido, era un hombre de cánticos. Himnos de alabanza salieron de sus labios en la prisión y fuera de la prisión: de día y de noche alababa a su Salvador. El orden mismo de sus exhortaciones es significativo. «Estad siempre gozosos; orad sin cesar; dad gracias en todo: porque

esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús» (1 Tesalonicenses 5:16-18).

La voluntad de Dios. Lleva ese pensamiento a tu mente. No es algo opcional.

REGOCIJÁOS: ORAD: DAD GRACIAS

Ese es el orden, según la voluntad de Dios — para vosotros, y para mí. Nada agrada tanto a Dios como nuestras alabanzas — ¡y nada bendice tanto al hombre que ora como las alabanzas que ofrece! «Deléitate asimismo en el Señor, y él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4, R.V., margen).

Un misionero que había recibido muy malas noticias de su tierra estaba completamente abatido. La oración no servía de nada para aliviar la oscuridad de su alma. Fue a ver a otro misionero, sin duda buscando consuelo. Allí, en la pared, había una tarjeta con un lema: «¡Probad la acción de gracias!» Lo hizo; y en un momento toda sombra desapareció, para nunca volver.

¿Alabamos lo suficiente para que nuestras oraciones sean respondidas? Si verdaderamente confiamos en Él, siempre le alabaremos. Porque

Dios nada hace ni permite que se haga

Que tú no harías tú mismo

Si pudieras ver

El fin de todos los eventos como Él lo ve.

Uno que una vez escuchó orar a Lutero dijo: «¡Dios misericordioso! ¡Qué espíritu y qué fe hay en sus expresiones! Él suplica a Dios con tanta reverencia como si estuviera en la presencia divina, y sin embargo con tan firme esperanza y confianza como si hablara con un padre o un amigo». Ese hijo de Dios parecía completamente inconsciente de que ¡existían «estorbo de la oración»!

Después de todo lo que se ha dicho, vemos que todo puede resumirse bajo un solo título. Todo estorbo de la oración surge del desconocimiento de la enseñanza de la Santa Palabra de Dios sobre la vida de santidad que Él ha planeado para todos sus hijos, o de la falta de disposición a consagrarnos plenamente a Él.

Cuando podemos decir con verdad a nuestro Padre: «Todo lo que soy y tengo es tuyo», entonces Él puede decirnos: «Todo lo mío es tuyo».